

L-609-3 FM/997

EL MATRIMONIO

CARTA PASTORAL

QUE EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DR. D. JOSÉ MARÍA SALVADOR Y BARRERA

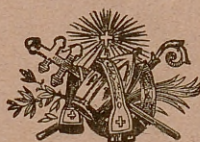
OBISPO DE MADRID-ALCALÁ

DIRIGE Á SUS DIOCESANOS

CON MOTIVO DEL SANTO TIEMPO DE CUARESMA

ACERCA DEL

Decreto NE TEMERE sobre el Matrimonio.



MADRID

IMP. DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS

Juan Bravo, 5. — Teléfono 2.198.

1908

CARTA PASTORAL



FM/997

EL MATRIMONIO

CARTA PASTORAL

QUE EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DR. D. JOSÉ MARÍA SALVADOR Y BARRERA

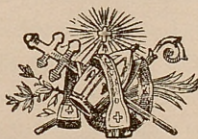
OBISPO DE MADRID-ALCALÁ

DIRIGE Á SUS DIOCESANOS

CON MOTIVO DEL SANTO TIEMPO DE CUARESMA

ACERCA DEL

Decreto NE TEMERE sobre el Matrimonio.



MADRID

IMP DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
Juan Bravo, 5. — Teléfono 2.198.
1908



Ref 2376

SUMARIO

INTRODUCCIÓN

Deseo de Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío X de restaurar todas las cosas en Cristo.—Restauración del matrimonio por medio del Decreto *Ne temere*.—Obligación que éste impone á los Obispos de explicarlo á sus diocesanos antes de que comience á regir en la próxima Pascua de Resurrección.—Esta razón potísima, unida á la importancia del matrimonio como primer fundamento social y á las armas que contra él se esgrimen en los actuales momentos, explican el motivo de esta Carta Pastoral.—Al elevar Jesucristo el contrato natural de matrimonio á la categoría de Sacramento confió su disciplina á la Iglesia.—Sabiduría y prudencia con que esta Esposa del Cordero cumplió su cometido.—Legislación matrimonial antigua.—Decreto *Tametsi* del Concilio de Trento.—Su promulgación especial.—Decreto *Ne temere*.—Su necesidad y justificación ante los inconvenientes de la antigua disciplina matrimonial y las vulneraciones de que era objeto en nuestros días.—Trabajos preparatorios para el Decreto *Ne temere*.—Su publicación por mandato expreso de Su Santidad en 2 de Agosto último.

II

Formalidades esenciales para la validez de los esponsales.—España se adelantó en parte á los deseos de la Iglesia por medio de la Pragmática de Carlos IV, de 28 de Abril de 1803.—Costumbre canónica introducida con motivo de esta Pragmática.—Artículos del Código civil relativos á esponsales.—Dudas que esta legislación novísima hizo surgir entre algunos canonistas.—Solución de todas estas dudas por el Decreto *Ne temere*, declarado Ley del Reino por Real decreto de 9 de Enero último, y que deroga toda la legislación anterior contraria.

III

Radical reforma que el Decreto *Ne temere* opera en la disciplina matrimonial.—Forma esencial del matrimonio.—No modifica ni restringe esta forma la legítima intervención del Párroco propio de los

contrayentes, sin la cual sería válido el matrimonio, pero ilícito.— Requisitos para la celebración lícita de los matrimonios: parroquialidad ó delegación; estado de libertad; derecho preferente del Párroco de la esposa.— Penas contra los transgresores de este Decreto.— Desaparición de los matrimonios *por sorpresa*.— Facilidad para los matrimonios *in articulo mortis*.— Inscripción de los matrimonios en el registro parroquial.— Nota marginal del matrimonio contraído en el registro de bautismos y forma de llevarlo á cabo.— Otras disposiciones del Decreto *Ne temere* en lo que á matrimonios se refiere.

IV

Puesto que en España el matrimonio canónico surte efectos civiles, es preciso tener muy presentes las disposiciones legales de este último orden.— Requisitos civiles para la celebración del matrimonio: consentimiento; consejo; casos en que procede uno y otro.— Excepciones.— El servicio militar y el matrimonio.— Intervención del Juez municipal en la celebración del matrimonio.— Reales órdenes y artículos del Código civil que regulan esta intervención.— Formalidades canónicas para la celebración de los matrimonios.

V

Bellísimo pensamiento de Tertuliano acerca del matrimonio.— Ataques de las modernas escuelas sociales contra este Sacramento.— Sus dos grandes caracteres.— Palabras de León XIII acerca del divorcio.— Confianza y recomendación á las oraciones y al concurso de todos.— Invocación á San Isidro, glorioso Patrono de Madrid, y á Santa María de la Cabeza, que constituyeron un matrimonio modelo.



Nós el Doctor Don José María Salvador y Barrera,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE MADRID-ALCALÁ,
CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN DE ISABEL LA CATÓLICA,
COMENDADOR DE LA DE CARLOS III, SENADOR DEL REINO, CONSEJERO DE INSTRUCCIÓN
PÚBLICA, CAPELLÁN DE HONOR DE S. M., SU PREDICADOR Y DE SU CONSEJO, ETC., ETC.

*A Nuestros Venerables Hermanos el Deán y Cabildo
de la Santa Iglesia Catedral,
Abad y Cabildo de la Magistral de Alcalá de Henares,
Arciprestes, Párrocos, Coadjutores y demás Clero diocesano,
á los Superiores, Catedráticos
y alumnos de nuestro Seminario Conciliar,
á las Comunidades Religiosas de uno y otro sexo,
á las Cofradías, Hermandades y Asociaciones católicas
y á todo el pueblo fiel de este Obispado,*

SALUD, PAZ Y GRACIA EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO



VENERABLES HERMANOS Y AMADOS HIJOS: Perseverando nuestro Santísimo Padre el Papa Pío X, con edificante tesón y sabiduría, en su felicísimo pensamiento de restaurar todas las cosas en Cristo, que viene siendo lema y plan venturoso de su pontificado; y respondiendo á la vez con benevolencia á las súplicas y necesidades sentidas ya con urgencia por el pueblo católico, publicó con fecha 2 de Agosto próximo pasado el importantísimo y trascendental Decreto *Ne temere*, que ha

de causar una honda, radical y provechosísima reforma en la disciplina matrimonial; resolviendo para siempre todas las cuestiones que la perversidad de los tiempos habían suscitado, para vulnerar la sabia doctrina del Concilio de Trento, acerca del matrimonio, con daño y quebranto de las almas y perturbación de la sociedad cristiana. Y como quiera que dicho Decreto, que comenzará á regir en la próxima Pascua de Resurrección, Nos impone la obligación ineludible de explicarlo convenientemente, y hacer que sus interesantes disposiciones lleguen á conocimiento de nuestros amados diocesanos, aprovechamos, para cumplir con aquella obligación, este santo tiempo de Cuaresma, en el que, desde que ejercemos el santo ministerio pastoral, hemos tenido la costumbre de escribir alguna Carta ó Exhortación acerca de algún asunto moral ó disciplinar que pudiera servir para la dirección y provecho espiritual de la grey que Dios nuestro Señor Nos ha tenido encomendada. Y ciertamente que nada más oportuno en la ocasión presente que hablaros del matrimonio, piedra angular sobre la cual tiene su asiento y principal firmeza la sociedad; porque todo parece que conspira, en las costumbres públicas al uso, á aflojar los lazos que constituyen y forman la unión de la familia; á que la autoridad paterna se debilite, y falte á sus deberes sacratísimos la patria potestad; á que la sociedad heril, que es como un complemento y ampliación de la familia, se desprenda de ella y se deshaga; y como si todo esto no fuera bastante, hace todavía más necesario y urgente que llamemos vuestra atención sobre asunto de tanto y singular interés, esa tenaz y funesta campaña que en Francia, Italia y otras naciones viene haciéndose en pro del

divorcio, cuyos ecos funestos repercuten también en nuestra Patria, reflejándose en libros, folletos, periódicos y demás formas que la publicidad reviste en nuestros tiempos.

Por esto, hoy más que nunca, debemos trabajar con la mayor diligencia para que la sociedad vea en el matrimonio cristiano su más firme é insustituible fundamento, poniendo coto á esa guerra tenaz con que se trata por la impiedad de combatirlo y desnaturalizarlo; inspirándonos todos, para el mejor éxito de nuestro empeño y para defensa y auge de la santa Fe católica, objeto en este punto de tan perseverantes ataques por parte de la incredulidad, en aquella santa Familia, espejo clarísimo y modelo edificante de hogares cristianos, en cuyo seno plugo nacer á nuestro divino Redentor Jesús; en la cual, si María es la figura ideal que reunió en grado sumo todas las virtudes y perfecciones que deben adornar á la esposa y á la madre, en José, como enseña León XIII en su Encíclica *Quamquam pluries*, tienen los padres de familia el modelo más excelente y perfecto de la vigilancia del celo y amor paternos; los esposos el dechado más acabado de la concordia, paz y fe conyugal; y las vírgenes, en fin, el tipo y la enseñanza más acabada y perfecta de la pureza limpia y sin mancilla y de la virginal integridad.

Cuando nuestro Señor Jesucristo elevó el matrimonio á la dignidad altísima de sacramento, confió su disciplina y custodia á la Iglesia santa, habiendo velado siempre esta Esposa del Cordero con perseverante solicitud y cuidado para que este primer fundamento social, que tan fuertes y rudos embates había de sufrir, ni se debilitase ni sufriera alteración á través de los siglos.

Al comenzar la Iglesia la santa y civilizadora misión que la había encomendado su divino Fundador, se encontró con la legislación romana, tan sabia, que todavía sigue informando nuestros códigos; y haciéndola suya en todo aquello que lo consentía la pureza de su espíritu y la santidad de su doctrina, transformándola y adaptándola á sus necesidades, rehusó su complicado mecanismo matrimonial, creando para sustituirlo uno nuevo en armonía con la religiosidad profunda, la pureza de costumbres y la sencillez evangélica de aquella naciente cristiandad.

Tan fácil y llana era la celebración de los matrimonios en la primitiva disciplina eclesiástica, y tan poca su solemnidad, que ni testigos se necesitaban para su celebración; pues no se concebía que un fiel hijo de la Iglesia negase el matrimonio que había celebrado bendecido por Dios, de cuyo acto se consideraba como testigo bastante el Sacerdote que le había dado su bendición; ni menos aún era de temer que ninguno pasara á segundas nupcias sin haberse legítimamente disuelto las primeras.

Pero estas facilidades degeneraron bien pronto en corruptela, á la que por su propia índole tienden siempre las flaquezas humanas. Gentes sin conciencia abusaron contrayendo nuevas nupcias ligados ya por vínculos anteriores, los cuales, por otra parte, no podían probarse por falta de testimonios de publicidad; mientras en cambio los concubenarios, prevaliéndose de este mismo secreto, presentábanse en sociedad como legítimamente casados, no descubriéndose con frecuencia su triste y lamentable estado hasta la hora de la muerte, y aun mucho después en no pocos casos.

La Iglesia entonces, con su solicitud y sabiduría acostumbradas, acudió á remediar tan graves daños por medio del célebre Decreto *Tametsi*, dado en la sesión XXIV del Concilio de Trento, y recibido con tanto júbilo por todo el universo cristiano. Desde la publicación de este Decreto, y según se preceptuaba en el mismo, para que un matrimonio fuera válido era necesario que se celebrase ante el Párroco propio de uno de los contrayentes, ó de quien legítimamente hiciera sus veces, y de dos ó tres testigos¹, con lo cual desaparecieron para siempre los peligros y los abusos de los matrimonios clandestinos.

Las circunstancias políticas por que atravesaba entonces la Iglesia en todas las naciones cristianas, obligaron á los Padres del Concilio de Trento á adoptar, para la promulgación del citado Decreto, el procedimiento novísimo, y totalmente desconocido antes en la historia del Derecho Canónico, de promulgarlo en lengua vulgar en todas las parroquias del orbe católico, con la condición de que no empezara á regir hasta treinta días después de esta novísima y singular promulgación.

Y como en no pocos Estados de la cristiandad había alcanzado por entonces señorío y dominio la reforma luterana, cortándose los vínculos que les unían con la Iglesia católica, no se publicó en ellos la legislación tridentina; por lo cual, en naciones tan importantes como Inglaterra, Dinamarca, Suecia y Noruega, parte de Alemania y de los Estados Unidos, en los que aumentan de día en día las conversiones al Catolicismo, son válidos generalmente los matrimonios clandestinos con todas sus lamentables conse-

1 Sess. XXIV, cap. I, de *Reformat.*

cuencias. Y decimos generalmente, porque en algunas comarcas, pocas por cierto, una costumbre legítima viene á suplir este vacío de la legislación; y en otras la misma Iglesia permitió aplicarla, aun cuando no se había publicado en ellas.

Por otra parte, el Decreto *Tametsi* exige para la validez del matrimonio que uno de los contrayentes sea súbdito del Sacerdote que le bendice, por razón de domicilio ó quasi domicilio. Pero ambos modos de adquirir la parroquialidad exigen un lapso de tiempo mayor ó menor de residencia en la parroquia, y siempre intención de continuar residiendo indefinidamente ó la mayor parte del año; y siendo tan fáciles hoy los cambios de residencia por la abundancia y brevedad de los medios de comunicación, estando las fincas urbanas de las grandes capitales relativamente en pocas manos, de tal manera que la mayor parte de sus vecinos son inquilinos, con los frecuentes y forzosos cambios de habitación que esto lleva consigo, y desconociendo muchos de ellos su propia parroquia por la falta de comunicación que, por motivos de diversa índole, suelen tener con la misma aun personas de prácticas y costumbres piadosas, todo esto daba lugar á que no fuera raro que matrimonios celebrados con todas las apariencias de validez eran, sin embargo, nulos por falta de parroquialidad, con lo cual se originaban consecuencias funestas para muchas familias y daños gravísimos para la sociedad entera. Por último, el repetido Decreto, al exigir la presencia del Párroco propio de uno de los contrayentes, no distinguía si éste asistía libre y voluntariamente, ó si para ello era obligado por miedo ó causa mayor; habiendo sido esta falta de claridad razón y causa

principal de que surgieran los deplorables matrimonios llamados *invito parrocho* ó por sorpresa, que tanto se repetían en las grandes capitales y se iban ya propagando hasta en los pueblos más apartados, con los que, además de vulnerar los contrayentes las leyes y disposiciones canónicas, incurrían, con harta frecuencia, en las penas que el Código civil, en armonía y consonancia con el Código penal y aun con el de Justicia militar, tiene señaladas; siendo como es cierto que la mayor parte de estos matrimonios se celebran sin el requisito del consentimiento paterno y las condiciones exigidas por las leyes militares.

Tales fueron las razones que seguramente movieron á nuestro Santísimo Padre el Papa Pío X, tan conocedor de las mismas por su larga experiencia de vida parroquial y episcopal, á ordenar á la Sagrada Congregación del Concilio que pusiera remedio á un mal tan manifiesto y de tan gravísima trascendencia para la sociedad cristiana; y habiendo tomado á su cargo tan delicado é interesante empeño los Padres de aquella sapientísima Congregación, después de largos y profundos trabajos y de oír el parecer de jurisconsultos tan eminentes como Gasparri, Sili, Lombardi y Lai, y de tener en cuenta las súplicas y preces de los Sres. Arzobispo de París, Obispo de Breslau y otros muchos Prelados, con fecha 2 de Agosto próximo pasado se publicó el Decreto *Ne temere*, haciendo constar la dicha Congregación que lo dictaba por mandato expreso de S. S.

La parte dispositiva de este Decreto hállase dividida en dos: la primera se refiere á los esponsales; la segunda al matrimonio, mereciendo cada una de ellas especial y atenta consideración.

II



ON los esponsales una promesa mutua y voluntaria de contraer matrimonio hecha por personas hábiles y mediante signos externos; por lo cual moralistas y canonistas están de acuerdo en considerarlos como una preparación del matrimonio, que engendrando cierto vínculo entre los contrayentes, lleva consigo mayor facilidad para tratarse, conocerse é ir disponiendo sus almas y sus hábitos para completarse mutuamente y ligarse para siempre con la unión indisoluble del matrimonio.

Al legislar el Concilio de Trento para este Sacramento, nada ordenó en lo tocante á la forma de los esponsales, aun cuando no dejó de discutirse sobre los mismos en aquella memorable Asamblea ¹, quedando, por lo tanto, sujeta á las disposiciones comunes á todos los contratos, y con ellas á los inconvenientes que la falta de solemnidades rituales había de llevar consigo en cosa de tal importan-

¹ Boudinhon: *La nouvelle législation du mariage e des fiançailles*.

cia; no siendo los menores el dar ocasión á pecados y entorpecimientos de otra índole, con los que fácilmente tropezaban jóvenes sin experiencia, de los cuales se servían como medio para eludir la autoridad paterna; dando esto lugar, en muchas ocasiones, á procesos enojosos, con daño y quebranto de la paz y disciplina de la familia.

De España es la gloria de haber sido la primera nación católica que corrigió en gran parte estos abusos, al disponerse en la Pragmática de Carlos IV, de 28 de Abril de 1803, que en ningún tribunal eclesiástico ni secular se admitieran demanda de esponsales sino en el caso de que "sean prometidos por escritura pública"¹; cuya acertada disposición, alcanzando el rango de ley eclesiástica por una costumbre por todos consentida, fué aprobada y robustecida luego por la Sagrada Congregación del Concilio en 31 de Enero de 1880 al responder á unas preces elevadas acerca de este asunto por el Sr. Obispo de Plasencia. Esta disposición española, precisada y simplificada más todavía, ha tenido la honrosa fortuna de llegar á ser universal por el Decreto *Ne temere*, al exigirse en el mismo que para la validez de los esponsales, es decir, que para que esta preparación del matrimonio produzca obligación de celebrarlo y cause el impedimento dirimente de *pública honestidad* y el impediente llamado de esponsales, es indispensable que consten por escrito firmado por ambos contrayentes, y además por el Párroco ó por el Ordinario ó por dos testigos; y en el caso de que alguno ó ambos contrayentes no sepan firmar, después de hacer constar esta

1 Ley XVIII, tit. II, lib. X, de la *Nov. Recop.*

circunstancia en la escritura, ha de firmar en su lugar un nuevo testigo.

Como se ve, la Santa Sede no ha modificado los elementos constitutivos de los esponsales, ni la capacidad jurídica de los contrayentes, ni siquiera aumenta ni disminuye los efectos legales de este contrato, limitándose exclusivamente á cambiar la forma de su celebración; pero esto, al parecer tan sencillo, imposibilita y mata de raíz los abusos de tanta transcendencia religiosa y social como eran aquellos á que los esponsales contraídos en la antigua forma solían dar lugar.

Por otra parte, el Código civil vigente dispone en sus artículos 43 y 44 que los esponsales contraídos *de futuro* no producen obligación de contraer matrimonio, y sólo dan derecho á la parte perjudicada á exigirle al que rehuse el contraerlo sin justa causa los gastos que hubiere hecho por razón del matrimonio prometido.

Esta resolución tan clara y terminante de nuestra legislación novísima derogó la Pragmática de Carlos IV, con lo cual creen algunos juristas derogado también el derecho tradicional de la Iglesia española. Pero los que así discurren, confunden dos cosas: la Pragmática en cuestión y la costumbre canónica introducida con motivo de ella. Es cierto que el Código civil derogó la Pragmática, pero no la costumbre tradicional de exigir la escritura pública para la validez de los esponsales, lo cual se deduce claramente de la contestación que la Sagrada Congregación del Concilio dió en 11 de Abril de 1891 á la oportuna y justificada consulta del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago de Compostela.

Todas estas dudas y vacilaciones cesan de una vez y para siempre desde el día de la próxima Pascua de Resurrección en que comenzará á regir y aplicarse el Decreto *Ne temere*, declarado Ley del Reino por R. D. de 9 de Enero del corriente año.

No son frecuentes en España los esponsales; pero bueno es advertir á nuestros venerables Párrocos que cuiden con la mayor atención que aquellos de nuestros diocesanos que por circunstancias especiales los celebren, tengan muy presentes las claras y precisas reglas de la legislación canónica novísima, para de esta manera asegurar los efectos morales y jurídicos que los esponsales producen.

III

DE más importancia y trascendencia es, ciertamente, la parte del Decreto que se refiere al matrimonio; porque mientras los esponsales no son más que un contrato provisional y preparatorio, que los contrayentes pueden disolver cuando les plazca, el matrimonio es vínculo indisoluble y definitivo, sobre el cual descansa y tiene como su asiento propio la familia y la sociedad.

Los Prelados de todas las grandes capitales del mundo, en las que, por las razones que dejamos expuestas, eran tan frecuentes los casos de matrimonios nulos por clandestinidad, hace tiempo que venían pidiendo á la Santa Sede, con repetidas preces, una disposición clara y precisa, que pusiera término al estado antiguo de derecho, que aunque perfecto y adecuado para la época en que se creó, había venido á ser insuficiente en los tiempos actuales, no sólo por el mayor desarrollo del progreso jurídico que hemos alcanzado, sino también por las circunstancias

de lugar y relaciones sociales que hacen tan movida y tan inquieta la vida de la familia en todas partes, y muy singularmente en los grandes centros de población. Y el Decreto *Ne temere* ha venido á responder á esta necesidad, disponiendo que para la validez del matrimonio basta que se contraiga delante del Párroco ó del Ordinario del territorio en que se celebre, siempre que uno y otro hayan tomado respectivamente posesión de su parroquia y diócesis y no estén pública y nominalmente excomulgados ó suspensos; pudiendo delegar ambos su jurisdicción territorial en cualquiera otro Sacerdote.

Por esta regla tan clara y sencilla que no admite duda ni tergiversación alguna, quedan orilladas y resueltas todas las dificultades anteriores, toda vez que los contrayentes, aun cuando no sean súbditos del Sacerdote que bendice su unión ni tengan intención de continuar viviendo en su feligresía y á la cual se hayan trasladado con el exclusivo objeto de celebrar su matrimonio, burlando así la legítima intervención de su propio Párroco, celebran un acto válido; y en cambio sería nulo el matrimonio autorizado por un Párroco, aun tratándose de feligreses suyos, en territorio que no fuese propio.

¿Se deduce por esto de esta regla general que ya no hay parroquialidad para el matrimonio? ¿Se sigue de ella que ya los contrayentes tienen absoluta y omnímoda libertad para contraer matrimonio donde mejor les plazca, sin contar con su propio Párroco, que quizás sea el mismo que los recibió en la Iglesia administrándoles el bautismo, les dió la primera comunión y cerró los ojos á sus padres, bendiciendo los últimos latidos de su corazón cuando abandonaron esta

vida para presentarse en los umbrales de la eternidad? ¿Merma ó anula lo que se dispone en el importantísimo Decreto que estamos exponiendo la respetable y tan necesaria y digna de veneración autoridad parroquial? De ningún modo; pues si bien es cierto que para evitar casos de nulidad confiere por él la Santa Sede la jurisdicción en lo tocante al matrimonio al Párroco en cuyo territorio se celebre, aplicando de este modo en tal materia el conocido principio de derecho *locus regit actum*, alrededor del cual gira y sobre el que se apoya toda la doctrina relativa á contratos en Derecho internacional privado, no lo es menos que si estos matrimonios son válidos, no dejan por ello de ser ilícitos, esto es, contrarios á las leyes de la Iglesia, todos aquellos que se celebren sin que uno de los contrayentes tenga domicilio ó por lo menos residencia de un mes en el territorio en que tenga lugar su celebración, y sin que además, guardando las ordinarias formalidades del Derecho, no conste de un modo legítimo y fehaciente que los contrayentes son libres y están desligados de toda clase de vínculos y obstáculos para contraer matrimonio; con lo cual queremos decir, y sobre ello llamamos la atención de nuestros venerables Párrocos, que continúa vigente la sabia disciplina que rige en esta nuestra amada diócesis en cuanto á amonestaciones, número y lugar de éstas, informaciones de soltería, etc., etc.

Va más lejos todavía lo que se refiere á la antigua y tradicional disciplina de la Iglesia española; así es que por el Decreto se conserva la observancia, siempre practicada por nuestra disciplina eclesiástica, de que el matrimonio se celebre por el Párroco de la contrayente, á no excu-

sarlo alguna justa causa, y que en los de vagos, fuera del caso de necesidad, se obtenga siempre, previamente, la licencia del Ordinario.

Dedúcese de todo esto, V. H. y A. H., cuán grande es la misericordia de nuestra santa madre la Iglesia al procurar, con tanto esmero y cuidado y de una manera tan sabia y previsora, evitar que se celebren matrimonios nulos, causa de tantos daños para las almas y de tantas perturbaciones y trastornos para la sociedad; no dejando al mismo tiempo de velar con maternal solicitud por los prestigios que tan legítimamente merece la autoridad de los Párrocos, dándoles la intervención que les corresponde en cosas de tan interesante trascendencia y gravedad; y para que esta intervención, tan necesaria como legítima, no sea burlada, la sanciona el Decreto á que Nos venimos refiriendo, privando de los derechos de estola al Párroco que bendiga un matrimonio en que uno de los contrayentes no tenga domicilio ó menos de un mes de residencia en su parroquia, cuyos derechos debe entregar al Párroco de dicho contrayente, y si fuesen los dos, á sus Párrocos respectivos; y esto sin perjuicio del deber que el Decreto impone á la autoridad del Ordinario de castigar á los transgresores de estas disposiciones con la pena proporcionada que corresponda á la infracción cometida y señalada ya por los Sagrados Cánones.

No siendo el Sacerdote que bendice el matrimonio su ministro, sino un testigo de mayor excepción, toda vez que los contrayentes son la causa eficiente del contrato matrimonial y su consentimiento la esencia del mismo, elevado por Jesucristo á la categoría de Sacramento, exigían los canonistas para la celebración de éste las mismas cualidades

generales comunes á todos los testigos, es decir, que por palabras ó signos pudieran entender que los contrayentes manifestaban de una manera expresa y clara su consentimiento; pero sin distinguir, al fijar estas circunstancias, si el Párroco asistía voluntariamente ó forzado; y el Decreto *Ne temere*, respondiendo á esta omisión y para orillar las dificultades y daños que de la misma han procedido, dignifica y ennoblece como corresponde la misión del Sacerdote, al disponer que sólo es válido el matrimonio cuando el Sacerdote que legítimamente lo bendice haya sido invitado y rogado para ello; siendo, por el contrario, nulo cuando fuere constreñido para la asistencia al acto por violencia de fuerza mayor ó miedo grave; con cuya sabia disposición, digna de las mayores alabanzas, desaparecen de raíz y para siempre los llamados matrimonios *por sorpresa*, que además de ser canónicamente ilícitos, llevaban con lamentable frecuencia discordias irremediables á las familias, perjuicios graves á los mismos contrayentes, y la confusión y el desorden al templo del Señor.

La creciente corrupción de las costumbres, la tibieza, cuando no la carencia de fe viva, y en no pocas ocasiones el desprecio á la Iglesia y á sus Ministros, impulsan á muchos desgraciados á unirse en torpe concubinato, del cual se resisten á salir en la mayor parte de los casos hasta que la muerte se acerca, y con ella el ansia de aquietar los remordimientos de su conciencia y legitimar la prole para salvarla de los tristísimos rigores de la orfandad y de las negruras inexorables de la deshonra. No podía el Decreto á que Nos hemos referido desatender necesidad tan grave y de tan urgente remedio, y por esto, fijando de una manera

especial su diligente atención en los matrimonios *in articulo mortis*, dispone que, no pudiendo ser habido para la celebración de los mismos el Párroco ó el Ordinario ó un Sacerdote delegado por uno de ellos, sea válido y lícito el matrimonio celebrado ante cualquier Sacerdote y dos testigos, siempre que la celebración del mismo haya sido para aquietar los remordimientos de la conciencia y para legitimar la prole si la hubiere; yendo tan lejos algunos canonistas en este punto, que llegan á dudar si sería válido y lícito el matrimonio celebrado *in articulo mortis* en las mismas condiciones cuando no existan las causas antedichas, y sólo, como dice el P. Ferreres, trataran de manifestarse entrambos su amor¹ en aquel trance supremo.

Claro es que esta imposibilidad de acudir al Párroco ó al Ordinario no es preciso que sea absolutamente física ó matemática, sino que basta que sea moral, como enseña el Cardenal Gennari en su *Breve commento della nuova legge sugli sponsali é sul matrimonio*, ni que estén en peligro de muerte ambos contrayentes, sino uno solo.

Una innovación altamente interesante introduce el Decreto *Ne temere* respecto al registro del matrimonio, ordenando á los Párrocos, además de extender las partidas correspondientes en los libros parroquiales y en la forma ordinaria, á poner también una nota de que el matrimonio se celebró, en la partida de bautismo de cada uno de los contrayentes. Si éstos han sido bautizados en otro lugar, el Párroco que haya asistido al matrimonio comunicará directamente, ó por mediación de la Curia episcopal, la noticia de haberse celebrado éste, al Cura del lugar donde

¹ *Razón y Fe*, tomo XX, pág. 104.

se hayan bautizado los contrayentes, á fin de que anote el matrimonio en el libro de bautismos; medida oportunísima y acertadamente previsorá, sobre todo para aquellas naciones en que el matrimonio canónico no surte efectos civiles, pues además de ser en este caso la partida de bautismo una nota histórica para el número y censo de los católicos en estas regiones, se evitarán con este dato las bigamias, que no dejan de ser frecuentes en países más descreídos y corrompidos que el nuestro, y en los cuales no tiene tan horrendo crimen una sanción tan severa como exige su gravedad.

Estas son, V. H. y A. H., someramente expuestas, y con la claridad y llaneza que asunto de tanta importancia reclama, las principales disposiciones del Decreto *Ne temere* acerca del matrimonio canónico en todo lo tocante á la disciplina y leyes vigentes en nuestra Patria; porque si bien es cierto que el mismo Decreto dispone que si en alguna región no puede encontrarse presente el Párroco ú Ordinario del lugar, ó Sacerdote delegado por ellos ante el cual pueda celebrarse el matrimonio, y si tal estado de cosas continúa, transcurrido un mes, el matrimonio puede celebrarse válida y lícitamente con otorgar los prometidos formal consentimiento en presencia de dos testigos, cuya disposición constituye una nueva prueba del vivo anhelo con que la Iglesia facilita y simplifica la celebración de los matrimonios, también lo es que dicha disposición no ha de tener aplicación entre nosotros, porque en caso de ausencia de nuestros Párrocos, siempre queda quien legítimamente les represente, y además la ausencia de aquéllos ha de ser, no de una parroquia, sino de una región entera, lo cual es difícilísimo, si no imposible, por fortuna, entre nosotros.

IV



Si para que sea válido el matrimonio se exigen en el que lo bendice tres requisitos, que son: ejercicio, territorialidad y libertad, para su licitud se exigen otras condiciones, siendo una de ellas que conste legítimamente el estado de libertad de los contrayentes, observándose al efecto las prescripciones del derecho y la disciplina vigente. Y como ésta última condición está íntimamente ligada con las disposiciones civiles que hay que guardar y cumplir en la celebración del matrimonio canónico, no quedaría completo nuestro trabajo si no resumiésemos al menos aquellas que consideramos principales, entre las que directamente se refieren á este sacramento, huyendo de todo aquello que sea opinable ó tenga carácter de hipótesis más ó menos fundadas, para atenernos exclusivamente á lo legislado, y á los complementos y aclaraciones que los Tribunales y la práctica constante han ido paulatinamente introduciendo.

Presuponiendo el matrimonio entre católicos, la previa

recepción del bautismo, los primeros documentos que deben exigirse á los interesados, y que servirán como de cabeza del expediente, son las partidas de bautismo, extendidas en papel simple si los interesados son pobres, y en el sellado correspondiente si no pueden acreditar esta cualidad. Y si alguno de los contrayentes es de ajena diócesis, la legalización de las partidas, bien por la Autoridad eclesiástica, bien por notarios civiles. Exceptúase el caso de que uno ó ambos contrayentes sean viudos, porque entonces, en lugar de la partida de bautismo debe presentarse la de matrimonio, y siempre, y en todo caso, la de defunción del cónyuge difunto, sin cuyo requisito no cabe pasar á segundas nupcias.

Bien sea como atributo de la patria potestad, bien como consecuencia del estado familiar, es cosa cierta que moralistas y civilistas convienen en la necesidad de que los padres ó las personas que hagan sus veces intervengan legítimamente en el matrimonio de los que están sujetos á su autoridad, lo cual no es más que la natural y legítima aplicación del cuarto Mandamiento de la Ley de Dios; porque si según este precepto deben los hijos á los que les dieron el ser, amor, reverencia y obediencia, no hay acto en la vida en que estén los hijos más obligados á cumplir con estos deberes sagrados que cuando, mediante el matrimonio, constituyen una familia y abren un nuevo hogar cristiano. Por eso la Iglesia vigilante tan celosa siempre de la constitución de la familia y de las virtudes y excelencias del hogar doméstico, concedió constantemente tanta importancia á la intervención de los padres en el matrimonio de sus hijos, habiendo llegado hasta

el punto que algunos Padres del Concilio de Trento defendieron que la falta de esta intervención diera lugar á un nuevo impedimento dirimente; criterio que no prevaleció en aquella doctísima Asamblea, por el ansia que sentían todos de simplificar y facilitar todo lo relativo á la celebración de los matrimonios.

Por otra parte, el matrimonio canónico surte, por fortuna, en España, efectos civiles; por lo cual, lo que la Iglesia exige, lo reclama también el Código civil vigente, y á su ritualismo y práctica, en lo que á consentimientos y consejos se refiere, deben atenerse los expedientes de libertad y demás requisitos previos que se requieren para la celebración de este sacramento.

Por razón de la edad pueden hallarse los contrayentes en dos situaciones distintas: la de menores de veintitrés años, en cuyo caso necesitan el consentimiento paterno, ó mayores de dicha edad, y entonces sólo precisan el consejo. El consentimiento ha de concederlo, según el art. 46 del Código civil, tratándose de hijos legítimos, el padre, y en su defecto, ó hallándose impedido, corresponde otorgarlo por su orden á la madre, á los abuelos paterno y materno, y, á falta de todos, al consejo de familia. Si se tratase de hijos naturales reconocidos ó legitimados por concesión real, el consentimiento deberá ser pedido á los que los reconocieron y legitimaron, á sus ascendientes y al consejo de familia, por el orden establecido en el párrafo anterior.

Si se tratare de hijos adoptivos, corresponde conceder el consentimiento al padre adoptante, y en su defecto, á la familia natural por el orden antedicho.

Los hijos que no sean legítimos, naturales, reconocidos

ó legitimados por concesión real ni adoptivos, deben obtener el consentimiento de quien les dió el ser, si es legalmente conocido; si murió, de los abuelos; y en su defecto, del consejo de familia.

Los expósitos lo obtendrán del jefe del establecimiento en que se hayan educado.

Puede muy bien suceder, y no es ciertamente cosa rara, que, tratándose de hijos legítimos, hayan fallecido sus padres y abuelos al contraer matrimonio y sobrevivan una ó las dos abuelas. Y en este caso, ¿ha de ser la abuela paterna, si sobreviven las dos, y si ésta hubiera fallecido, la materna la que ha de otorgar el consentimiento, ó se ha de acudir al consejo de familia? Si se atiende á la letra del Código civil, es evidente esto último; pero, ya se considere la intervención de los ascendientes en el matrimonio como una consecuencia ó ampliación de la patria potestad, ó bien como medio de suplir la inexperiencia de los pocos años, no hay razón alguna para negar á las abuelas esta intervención legítima, y con tanto mayor motivo cuando son llamadas para intervenir en el matrimonio de los hijos ilegítimos, según aquel principio jurídico que, *donde hay la misma razón, debe haber la misma disposición*.

Acaece también en ocasiones que el menor que va á casarse, ó es viudo, ó emancipado por habilitación de edad, ¿necesita en cualquiera de estos casos el consentimiento paterno, y, no siéndole favorable, le estará prohibido contraer matrimonio?

Aun cuando juristas eminentes mantienen la opinión afirmativa, parece claro y seguro, cuando se estudia serena y desapasionadamente este asunto, ser más probable y mejor

fundada la opinión contraria; porque si el matrimonio y la emancipación por habilitación de mayoría de edad equiparan al que celebra las nupcias ú obtiene uno de estos estados al mayor de edad, no hay razón alguna para limitar la posesión y ejercicio completo de los derechos que lleva consigo la mayoría de edad, uno de los cuales es el estar relevado de obtener el consentimiento paterno, bastando sólo el consejo.

Según el art. 47 del Código civil, el mayor de edad necesita para contraer matrimonio el consejo del padre, y en su defecto, de la madre; y si no lo obtuviere ó fuere desfavorable, no podrá contraerlo hasta tres meses después de hecha la petición. Lo mismo el consentimiento que el consejo, para que produzcan efectos en el fuero externo, han de constar en forma externa y fehaciente. Si la persona que ha de otorgar el consentimiento ó consejo asiste á la celebración del matrimonio, puede hacerlo en el mismo acto, firmando el acta matrimonial por sí, ó por otro á su ruego si no supiera escribir. Y si no asiste á la celebración del matrimonio, puede otorgarse, según el art. 48 del Código, ante Notario civil ó eclesiástico ó ante el Juez municipal de su domicilio.

Cuando el menor no obtiene el consentimiento, no puede contraer matrimonio; y si lo contrae, aunque sería válido, incurriría en la pena que el Código civil señala en su artículo 50. Por el contrario, el mayor de edad, en caso de que no obtenga consejo favorable, queda obligado á esperar tres meses para contraer matrimonio, debiendo hacer constar este hecho por uno de los medios anteriormente dichos.

Además de estas prohibiciones, existen otras dos de índole civil, pero que deben ser respetadas escrupulosamente en razón á los motivos tan justificados en que se fundan. Es la primera la relativa á la viuda en determinadas circunstancias; y la segunda la que se refiere al tutor y sus descendientes respecto á las personas que tenga ó haya tenido bajo su tutela; cuyas prohibiciones no hay para qué explicarlas, dada la claridad de razonamiento y amplitud con que las trata el Código civil en su art. 45.

Entre los deberes que el Estado impone á los ciudadanos, es uno de los principales el servicio militar; y como este servicio, sobre todo en la clase de tropa, es en cierto modo incompatible con la vida matrimonial, de ahí que las leyes civiles prohiban el matrimonio á todos aquellos que hayan ingresado en caja durante un lapso de tiempo mayor ó menor. La diversidad de situaciones militares en que un joven puede encontrarse al incoar su expediente matrimonial las expone con tanta claridad como precisión la Real orden de 20 de Febrero de 1900 al decir: "los mozos en caja no pueden contraer matrimonio mientras permanezcan en esta situación; los soldados en activo, hasta los tres años y un día de servicio desde la fecha de su incorporación á filas; los reclutas condicionales pueden contraerlo cuando en la última revisión sean exceptuados por subsistir las excepciones que alegaron; y si éstas hubieren desaparecido, quedarán en las mismas condiciones que los demás individuos de la nueva situación en que se les declare; y los reclutas en depósito, como excedentes de cupo, después de transcurrir un año y un día en esta situación. Los redimidos á metálico, después de presentar la carta de pago en la zona,

cuyo documento se exhibirá con el testimonio de soltería”.

Dedúcese de lo expuesto que, además de los mozos excluidos del servicio militar por imposibilidad física ó falta de talla, pueden desde luego contraer matrimonio los que no hayan ingresado todavía en Caja, los prófugos y todos aquellos que nunca hayan sido sorteados. Y como quiera que hay la presunción de que todos los menores de cuarenta años están en alguna situación militar, mientras esté en vigor la legislación que actualmente rige, todos aquellos á que Nos hemos referido deben mostrar su aptitud para contraer matrimonio mediante una certificación expedida por el Ayuntamiento respectivo; y cuando esto no sea posible, podrá suplir este requisito la certeza moral del Párroco, adquirida por los medios que su prudencia le sugiera.

Para terminar este ligero resumen de la legislación matrimonial, que hemos creído oportuno recordar aprovechando la ocasión que Nos ofrece el asunto que es objeto de esta Carta Pastoral, creemos conveniente, para completar esta materia, decir algo acerca de la intervención del Juez municipal, reducida, como sabéis, á presenciar el matrimonio é inscribirlo en el Registro civil.

Según el art. 77 del Código civil, asistirá al acto de la celebración del matrimonio canónico el Juez municipal ú otro funcionario del Estado, con el sólo fin de verificar, cuanto antes, la inscripción correspondiente en el Registro civil. Para que pueda llenarse este requisito, los contrayentes están obligados á poner por escrito en conocimiento del Juzgado municipal respectivo, con veinticuatro horas de anticipación por lo menos, el día, hora y sitio en que debe

celebrarse el matrimonio; debiendo recabar del Juez municipal los contrayentes un recibo con que poder acreditar el cumplimiento de esta diligencia legal, no debiendo procederse á la celebración del acto sin la previa presentación de dicho recibo al Cura párroco. Sólo en los matrimonios *in articulo mortis* se puede prescindir del cumplimiento de esta obligación; pero aun en este caso, para que el matrimonio produzca efectos civiles desde la fecha de su celebración, se deberá dar cuenta al Juzgado dentro de los diez días siguientes de verificado aquel acto, para que sea inscrita en el Registro civil la partida sacramental.

La intervención del Juez municipal en los matrimonios la aclaran y precisan más todavía la Resolución de la Dirección general de los Registros de 17 de Junio de 1889, al disponer que la inscripción del matrimonio en el Registro civil debe hacerse en la sacristía ú otra dependencia adecuada de la Iglesia en que se haya celebrado el acto religioso; y la de 12 de Julio de 1904, al disponer que el Juez municipal no puede exigir comprobación documental de los datos que hayan de constar en la partida, por reducirse meramente la misión de dicho funcionario á levantar acta de la celebración del matrimonio.

Tales son las principales disposiciones que deben tenerse en cuenta para la incoación de expedientes y celebración de los matrimonios, las cuales hemos creído deber recordar á nuestros venerables Párrocos, por lo mucho que importa tenerlas presentes para huir de las responsabilidades civiles á que su olvido ó preterición pueden dar lugar.

Es claro que si deben respetarse estas prescripciones civiles, con mayor razón se han de guardar las canónicas en

materia de amonestaciones, impedimentos, formación de expedientes, etc., etc., debiendo atenerse siempre con la mayor puntualidad y esmero á cuanto esté ordenado por las Constituciones Sinodales vigentes ó que se den en lo futuro, á lo dispuesto por nuestros venerables antecesores y á lo que venga siendo práctica constante de esta nuestra amada Diócesis.

V



AS antes de terminar, V. H. y A. H., y aprovechando la ocasión que Nos proporciona esta oportunidad, Nos permitiremos decir algo más acerca de una materia siempre tan interesante, y doblemente en los tiempos actuales, como la del matrimonio; y nada creemos más acertado para nuestro propósito, que lo que con la acostumbrada profundidad de su clarísimo ingenio escribió Tertuliano cuando dijo: "Difícilmente hallaré palabras que expresen bien la excelencia del matrimonio cristiano. La Iglesia forma su nudo; la ofrenda del augusto Sacrificio lo confirma, la bendición del Sacerdote le pone el sello; los Ángeles son los testigos; el Padre celestial lo ratifica. ¡Y qué enlace tan firme y tan dulce á la vez el de los esposos cristianos que se unen y ligan en una misma esperanza, en un mismo voto, en una misma conducta y en la misma dependencia! No forman verdaderamente más que una misma carne, que anima una misma alma. Juntos oran ante el mismo altar;

juntos se congregan á los santos ejercicios de la penitencia y de la religión. El ejemplo de su vida es una instrucción, una exhortación, un apoyo mutuo. Unidos van á la iglesia y á la sagrada Mesa del Señor. Todo es común entre ellos: las inquietudes, las persecuciones, las alegrías y los placeres. Ningún secreto entre ellos, confianza igual, atenciones recíprocas. No tienen que ocultarse uno de otro para visitar á los enfermos, asistir á los indigentes, derramar sus larguezas, ofrecer el sacrificio, aplicarse asiduamente á todos los deberes sin reserva, sin violencia. Nada les obliga á disimular, ni el signo de la Cruz ni la acción de gracias; sus labios, libres como sus corazones, hacen resonar los piadosos cánticos, sin más celos entre sí que las solicitudes y anhelos por servir mejor á Dios. Tales son los matrimonios que hacen la alegría de Jesucristo, los matrimonios á que da su santa paz. No es lícito ni útil á los cristianos casarse de otra manera”¹.

La elegante y fecunda pluma del elocuente escritor africano trazó en este bellissimo cuadro un admirable resumen y compendio de todas las virtudes que fluyen de la esencia y constituyen el fin tan santo y civilizador del matrimonio cristiano. Así se explica bien que, siendo el fundamento y origen natural de la familia, y ésta á su vez de la sociedad, pongan tanto empeño todas las escuelas filosóficas y políticas, enemigas de la Iglesia de Cristo, en dirigir sus armas contra el matrimonio católico; porque saben, y lo tienen por descontado, que la ruina de este primer fundamento social arrastraría y llevaría consigo á la sociedad entera, con

¹ Lib. II, *ad uxorem*, cap. VIII.

todos los progresos y excelencias que debe al espíritu cristiano y á la divina y civilizadora savia del Evangelio.

Y como los dos grandes caracteres del matrimonio, elevado á la categoría de sacramento, son la santidad y la indisolubilidad, contra ellos se esgrimen principalmente las armas de la filosofía positivista, forma y como último baluarte escogido en estos últimos tiempos por el racionalismo en sus siempre agitadas y movedizas inquietudes, ya queriendo separar el contrato del sacramento, olvidando lo que, como dijo el Padre Monsabré con su acostumbrada profundidad y elocuencia, “el lazo de unión que mantiene juntos á los esposos no proviene únicamente de su voluntad, sino de un poder misterioso, que no es otro que la mano de Dios misma, dando á la unión conyugal un carácter religioso sacramental que el hombre no puede en manera alguna inmutar, y por lo mismo no puede someterse á las reglas comunes á todos los contratos”¹, ya empeñándose en disolver el vínculo matrimonial por medio del divorcio, que trae en pos de sí daños tan graves y de tan funesta trascendencia, que al decir de León XIII en su sapientísima Encíclica *Arcanum divinæ sapientiæ*, por causa de los divorcios se hacen mudables y variables los derechos matrimoniales, se debilita la mutua benevolencia, se da ocasión perniciosa á la infidelidad, se perjudica el cuidado y educación de los hijos, se abre la puerta á la disolución de las familias, se siembra la semilla de la discordia dentro del hogar doméstico, se disminuye y deprime la dignidad de la mujer, exponiéndola al peligro de ser abandonada

¹ Conferencias de Nuestra Señora de París en la Cuaresma de 1887.

por su marido cuando éste ha visto satisfechas sus pasiones y calmadas sus concupiscencias.

¡Quiera el Señor, V. H. y A. H., que estas doctrinas deletéreas que minan y socavan los fundamentos del orden social cristiano, no penetren jamás en nuestra Patria, que har-to agobiada se ve ya por tantas y tan largas desventuras! Hagamos votos y procuremos que nuestro celo y diligencia acompañen á nuestras oraciones, para evitar é impedir que esas perniciosas semillas que tanto se agitan y se mueven en todas partes por los vendavales de la impiedad y de la revolución en sus insaciabiles innovaciones, tan atrevidas y tan tenaces como llenas de espíritu anticristiano, vengan á esta bendita tierra española donde, por la misericordia de Dios, tiene tan hondas raíces la fe cristiana, y de esta manera pueda seguir como siempre siendo la bendición sacerdotal, al decir del Concilio de Trento ¹, medio de santificación para los esposos, en los cuales eleve, perfeccione y fortalezca su amor natural, para resistir, de esta suerte, los fieros embates que las modernas doctrinas dirigen contra el matrimonio, la familia y toda la sociedad cristiana.

En prenda de nuestros votos, y acudiendo, para alcanzar lo que deseamos desde lo más íntimo de nuestra alma, á la intercesión del glorioso Patrono de esta Corte, que, con Santa María de la Cabeza, fué espejo clarísimo y ejemplar acabado y edificante de cuantas virtudes y excelencias es manantial vivo y fecundo el matrimonio cristiano, os damos

¹ Sess. XXIV.

nuestra bendición pastoral en el nombre del Padre ✠ del Hijo ✠ y del Espíritu Santo. ✠ Amén.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Madrid, sellada con el mayor de nuestras armas y refrendada por nuestro Secretario de Cámara y Gobierno, en la Dominica de Quincuagésima, á 1.º de Marzo de 1908.

† José María, *Obispo de Madrid-Alcalá.*



Por mandado de S. E. I. el Obispo mi Sehor,

Dr. Luis Pérez,

Canónigo Secretario.

H. P. Pincón